

Hemingway y España

Guillermo Niño de Guzmán

A Alfredo Bryce, gran hemingwayano

EL ARTE, LA MUERTE Y LOS TOROS

Hemingway estaba de pie, a la sombra, en la terraza de la casa de Ordóñez. El Escorial. Finales de la primavera de 1956. Hemingway agita el vaso vacío y alguien se lo llena al instante. "Nuestra guerra", dice. "Los españoles siempre dicen 'nuestra guerra'. Los rojos, los blancos, los sin color: nuestra guerra. Como si fuese lo único que tienen en común, que pueden compartir". Habla lentamente. Su voz es severa. Su vaso está nuevamente vacío. Nadie piensa en llenarlo esta vez. "¿Puede compartirse la muerte?", dice. Se echa hacia atrás y suelta una áspera carcajada. Parece como si hablara para sí. Ahora llena él mismo su vaso. Bebe un largo sorbo. "Cuando todos hayamos muerto", prosigue, "ya no habrá nada que compartir".

He querido comenzar este artículo refiriendo este recuerdo de Jorge Semprún porque creo que es preciso derrumbar el mito. Quizá al lector le cueste trabajo aceptar a un Hemingway triste, meditabundo, hablando de una manera desoladora sobre la muerte. Pero ésa es la verdad. Es cierto que durante toda su vida se empeñó en crear una imagen de hombre duro y sin escrúpulos; sin embargo, aquello no fue más que un mecanismo de defensa para ocultar al hombre vulnerable que encerraba en su interior. Precisamente porque conocía sus debilidades estaba retándose a sí mismo continuamente, obligándose a hacer demostraciones de valor y fuerza. En realidad le preocupaba una sola cosa: el fantasma de la muerte. Y toda su relación con España gira alrededor de este fantasma.

Hemingway llegó a España por primera vez en 1922. Ese año se había establecido en París en calidad de corresponsal del "Toronto Star". Fue en esta ciudad donde se relacionó con el grupo de escritores a los que Gertrude Stein calificó como una "generación perdida". La Stein se convirtió en una especie de preceptora literaria de Hemingway, quien se iniciaba en el oficio de escritor mientras trataba de ganarse la vida con el trabajo periodístico, y fue ella la que le despertó el interés por conocer España y asistir a las corridas de toros.

El destino de Hemingway fue la fiesta de los Sanfermines en Pamplona. La impresión que recibió fue sin duda muy fuerte. Retornó al año siguiente y en esta oportunidad envió al "Toronto Star" un despacho en el que afirmaba: "La corrida de toros no es un deporte ni un espectáculo. Es una tragedia, la única tragedia de origen ritual que queda en el mundo representada a lo vivo". Esta particular concepción del toreo descubrirá su visión personal de la vida. La lucha del hombre con la muerte se tornará en su preocupación esencial, en el leitmotiv de su obra. ¿Cómo vivir puesto que tenemos que morir?, se pregunta constantemente Hemingway.

Su actitud está muy próxima a la actitud castellana hacia la muerte. A diferencia de los gallegos y catalanes, cuyo sentimiento

por la muerte no cobra tanta importancia, los castellanos "tienen gran sentido común. Saben que la muerte es la realidad inevitable, lo único de lo que el hombre puede estar seguro. Piensan mucho en la muerte y cuando tienen una religión, tienen una que cree que la vida es mucho más corta que la muerte". De allí su identificación con la tierra española. Este sentido trágico que Hemingway aprecia en el toreo se vislumbra en su obra. Cada una de sus novelas puede ser considerada como una tragedia.

En 1924 volvió a los Sanfermines con otros escritores norteamericanos, entre ellos John Dos Passos. Al año siguiente emprende un nuevo viaje con varios amigos exilados en París. Los incidentes que ocurrieron en el trayecto y durante la fiesta le sirvieron de material para su novela *El sol también se levanta*. Su relación con España se acentuaba progresivamente. Recorre pueblos y ciudades, logrando compenetrarse con el modo de vida español, asistiendo a numerosas corridas pues ya tenía en mente dedicar un libro al toreo.

En 1925 Hemingway le había escrito a Scott Fitzgerald: "Amigo: Ya voy sabiendo algo de la eternidad. Para mí el paraíso es una plaza de toros bien grande en la que me han reservado a perpetuidad dos buenas localidades . . ." En esta época ya pensaba escribir *Muerte en la tarde*. Pero tendrían que pasar varios años más, hasta 1932, para que se publicara este monumental libro consagrado al toreo. *Muerte en la tarde* es el resultado de diez años de viajes continuos a España. Hemingway pretendió que este libro comunicara, a semejanza de aquel que prepara Robert Jordan en *Por quien doblan las campanas*, "lo que había descubierto sobre España en diez años de recorrerla, a pie, en trenes de tercera clase, en ómnibus, a caballo y a mula, y en camiones". El libro es pues más que un simple tratado de tauromaquia. Resulta verdaderamente admirable el conocimiento de la tierra española que tiene Hemingway. Es preciso para transmitir la atmósfera de las ciudades y pueblos, por ejemplo cuando se refiere a la cruda fealdad de Bilbao, el escarpado pintoresquismo de Ronda o el oasis verde de Aranjuez sobre la llanura marrón entre sierras verdes y polvorientas. Asimismo, como opina su biógrafo Carlos Baker, con

su gran habilidad para comunicar sensaciones nos hace sentir el olor del cuero, el polvo del camino, el aceite de oliva, los odres embreados y las ristras de ajo. Si bien el propio Hemingway se propuso escribir el libro como una introducción al toreo español moderno dirigido al lector extranjero, su valor trasciende este límite y alcanza el de un importante testimonio sobre España.

El trabajo fue emprendido después de haber presenciado la muerte de más de 1,500 toros. El toreo le había permitido indagar más en el sentido trágico de la vida. No fue en modo alguno el pretexto de una investigación. "La belleza de la muerte —escribió— es ese instante en que hombre y toro forman una sola figura mientras la espada penetra en toda su extensión, el hombre inclinado detrás de ella, la muerte uniendo a las dos figuras en el clímax emocional, estético y artístico de la lucha. (. . .) El arte de los toros es un arte ligado a la muerte y ella lo barre todo".

Curiosamente, Hemingway percibe en el rito taurino una derrota de la muerte. "La esencia —dice—, la seducción emotiva de la corrida estriba en el sentimiento de inmortalidad que el torero experimenta en medio de una gran faena y que comunica a los espectadores. El torero lleva a cabo frente a nuestros ojos una obra de arte, juega con la muerte, se acerca cada vez más a ella, más cerca, más cerca todavía, a una muerte cuya presencia se sabe que está en los cuernos, porque se han visto los cuerpos de los caballos cubiertos de mantas en la arena para probarlo. El torero nos comunica ese sentimiento de inmortalidad y, cuando le observas, ese sentimiento tiene que ser tuyo; y cuando ese sentimiento es algo común a todos, lo corrobora con la espada. (. . .) Incluso cuando se lo vea morir delante de nuestros ojos, no seríamos nosotros los que morirían con él; sería un poco como la muerte de los dioses".

El comportamiento de Hemingway oscila entre aquel del hombre de acción y aquel otro del hombre como artista. Su arraigo por lo español se funda mucho en la admiración de virtudes como el valor, o más exactamente en lo que los españoles denominan pundonor, que "significa honor, probidad, coraje, autoestima y orgullo en una sola palabra" Tanto el hombre de

acción como el artista pueden hacer gala de pundonor. Uno de los prototipos del hombre de acción para Hemingway era el torero Manuel García, llamado Maera. "Era muy hombre", afirmó Hemingway, pero también "generoso, jocoso, orgulloso, agrio, de boca sucia, y un gran bebedor. No se interesaba en los intelectuales ni se preocupaba por el dinero. Le gustaba mucho matar toros y vivía con mucha pasión y alegría, aunque en los últimos seis meses de su vida estaba muy amargado. Sabía que tenía tuberculosis y no se cuidó en absoluto; al no tenerle miedo a la muerte, prefirió consumirse, no como baladronada sino como elección".

El hombre como artista era Goya. Para Hemingway su pintura era la consecuencia directa de sus convicciones empíricas duramente adquiridas. Goya creía en "negros y grises, en el polvo y en la luz, en los lugares altos que se elevan desde llanuras, en el campo que rodea a Madrid, en el movimiento, en su propio coraje, en la pintura, en el bosquejo, y en lo que había visto, sentido, tocado, manipulado, olido, gozado, bebido, montado, sufrido, arrojado, dormido en compañía, sospechado, observado, amado, odiado, anhelado, temido, detestado, admirado, aborrecido y destruido. Por supuesto, ningún pintor pudo retratar todo eso, pero él lo intentó".

Ambas actitudes observadas en dos tipos españoles confluyen en la personalidad de Hemingway y en la de sus héroes de ficción. Su fuerza primaria es la acción. Vivir plenamente, aprovechar todas las experiencias al máximo. Y escribir lo más honestamente posible, buscando suscitar en el lector la misma emoción que el autor había experimentado respecto a un hecho de la realidad. Hemingway intentó hacer en la vida lo que Maera hacía en el ruedo frente al toro e intentó hacer con palabras lo que Goya hacía con colores sobre un lienzo.





EL ESCRITOR, LA GUERRA Y LA POLITICA

En una ocasión el escritor español J.L. Castillo-Puche le preguntó: "¿Has venido alguna vez a Madrid que no hayas venido al Prado?". La respuesta de Hemingway llegó directa, precisa como un puñetazo en plena boca: "Nunca. Sólo cuando la guerra, porque entonces Goya no estaba en el Museo, estaba en la calle".

La guerra siempre había tenido una significación especial para él. "El único lugar en donde se puede ver la vida y la muerte, esto es, la muerte violenta, una vez que las guerras habían terminado, era en el ruedo", había manifestado en otra oportunidad, y en 1936 España se había convertido en un gran ruedo. Sin embargo, Hemingway no fue a la tierra española en persecución del heroísmo. Esa inquietud ya había sido satisfecha ampliamente en la primera guerra mundial, cuando estuvo a punto de perder ambas piernas a consecuencia de las heridas que sufrió por disparos de metralla en el frente italiano. Si fue a España fue porque sentía un compromiso emocional con el pueblo español. En los primeros meses del conflicto hizo una donación de cuarenta mil dólares de su fortuna personal para incrementar el servicio médico de las milicias republicanas. Al año siguiente se ofreció como corresponsal de guerra y viajó a Madrid, "la capital del mundo", como él acostumbraba llamarla.

Su actividad distó mucho de ser la de un simple corresponsal, aunque tampoco llegó a ser la de un voluntario de las Brigadas Internacionales. Pero mantuvo estrecho contacto con los combatientes, enseñó a manejar armas a los milicianos jóvenes y desarrolló una importante labor de propaganda de la causa republicana. Fundó una organización denominada **Contemporary Historians**, que incluía a John Dos Pasos, Archibald MacLeish y Lillian Hellman. Esta organización auspició el rodaje de la película **Tierra de España**, la cual fue dirigida por el holandés Joris Ivens y contó con un guión escrito por el propio Hemingway.

Era frecuente que Ivens, Hemingway y el camarógrafo Ferno corrieran algunos riesgos cuando se acercaban demasiado al frente para filmar escenas de acciones de tanques e infantería. La figura de Hemingway con su boina vasca y su inseparable frasco de whisky pronto se hizo muy popular en las filas republicanas. Años después él diría que "ese periodo de lucha, cuando pensábamos que la República podía ganar, fue el más feliz de nuestras vidas".

En 1937 Hemingway pronunció el primero y último discurso de su vida en el II Congreso de Escritores Norteamericanos, donde declaraba públicamente su fuerte posición antifascista y comentaba sus experiencias en España y el papel que debía cumplir un escritor en la época actual. "El fascismo es la mentira —expresa—, está condenado a la esterilidad literaria. Una vez desaparecido no quedará del fascismo en la historia más que una historia sangrienta de asesinatos, muy conocida y que algunos de nosotros hemos contemplado con nuestros ojos durante estos últimos meses". Pero, por otro lado, también dejó sentado el rol negativo que la política podía cumplir en la carrera de un escritor: "Un escritor puede hacer una hermosa carrera en vida uniéndose a una causa política, trabajando para ella, fingiendo creer profundamente en ella: si esta causa triunfa conseguirá una excelente posición. Un hombre puede ser fascista o comunista, si es que ha sido hecho para serlo, y puede llegar a convertirse en embajador y puede ver sus libros impresos por millones de ejemplares por cuenta del Estado o bien obtener las mejores recompensas en las cuales sueñan los escritores noveles. Pero nada de esto le ayudará como escritor, a menos que no encuentre algo nuevo para añadir al saber humano en lo que escribe".

Puso especial énfasis en protestar por la neutralidad de muchos países —entre ellos Estados Unidos— que no intervinieron a favor de la causa republicana mientras que los fascistas recibían ayuda de Alemania e Italia. Su conocimiento bélico y la forma como se desarrollaban los acontecimientos le había hecho prever el fracaso cuando los vascos fueron separados del resto de la República al ser capturado Irún en el verano del 36: "Pero en una guerra uno no puede admitir, aun a sí mismo, que está perdida.

Porque cuando lo admite está derrotado: el que, al ser derrotado, se rehusa a aceptarlo y lucha lo más posible, gana las batallas finales; a menos que, por supuesto, sea muerto hambreado, privado de armas o traicionado. Todo eso le ocurrió al pueblo español”.

En su segundo viaje a España durante la guerra escribió una obra teatral, *La quinta columna*, de discutible calidad. Fue escrita en condiciones penosas pues Hemingway se alojó en el Hotel Florida que estaba expuesto constantemente a los bombardeos de las baterías franquistas. En uno de sus despachos periodísticos refirió lo siguiente: “Se dice que la bala peligrosa no se oye silbar; esto es cierto, pues su ruido silboso se percibe cuando ya ha pasado. Este corresponsal ha oído el último proyectil que ha estallado en este hotel. Tras haber percibido el estruendo del disparo de la pieza de artillería, el silbido de la bala, semejante al de un ferrocarril metropolitano, la explosión al caer en la cornisa y el estrépito de los cristales y cascote al desparramarse por la habitación en que se halla uno, se da cuenta de que se está de nuevo en Madrid”. No obstante, estas dificultades no le eximen de las fallas dramáticas de la obra.

Cuentan que a principios de la guerra se encontraron Hemingway y Malraux en Madrid. En broma, ambos escritores acordaron dividirse el escenario bélico para las respectivas novelas que escribirían sobre el conflicto. Malraux se ocuparía de la primera parte de la contienda hasta la batalla de Guadalajara y Hemingway tomaría el resto. Lo cierto es que *La esperanza* apareció en 1937 y *Por quien doblan las campanas* se publicó en 1940.

Esta novela es probablemente la mejor que escribió Hemingway. El ritual de la muerte cobra gran relieve en esta tragedia que no deja de ser a la vez una extraordinaria novela de amor. Pero quizá su mayor valor está en haber incorporado la política en forma dramática en una obra cuyas dimensiones superan claramente este nivel. Si bien la opción de Hemingway se inclina obviamente por la República, la novela no resulta en ningún momento panfletaria. Por el contrario, se mantiene un gran equilibrio y sobriedad. Sin embargo, aquello no le impide dirigir

una crítica muy lúcida a las desavenencias frecuentes de la dirigencia comunista durante el conflicto. Y asimismo, la novela no se aparta de la línea autobiográfica que había iniciado con *Fiesta*. Robert Jordan el protagonista, es a semejanza de Hemingway, un idealista. Lucha a favor de los republicanos porque ama a España y porque es un hombre de principios que responde a un código moral muy personal. Además se esfuerza por conservar un espíritu libre, sin ataduras a ideologías o partidos. "No eres un marxista real —reflexiona— y lo sabes. Crees en la Libertad, la Igualdad y Fraternidad. Crees en la Vida, la Libertad y la Búsqueda de la Felicidad. Nunca te engañes a ti mismo con tanta dialéctica. La dialéctica es para algunos, pero no para ti. Debes conocerla sólo para no ser un tonto. Has dejado muchas cosas en suspenso para ganar la guerra. Si esta guerra se pierde, todas esas cosas están perdidas. Pero después podrás descartar aquello en lo que no crees. Hay mucho en lo que no crees y mucho en lo que sí crees."

En todo caso, la ideología de Hemingway, puede ser identificada con una fuerte vocación humanitaria que los versos de John Donne del epígrafe de *Por quien doblan las campanas* ratifican indiscutiblemente: "Nadie es una isla, completo en sí mismo; cada hombre es un pedazo del continente, una parte de la tierra; si el mar se lleva una porción de tierra, toda Europa queda disminuida, como si fuera un promontorio o la casa de tus amigos, o la tuya propia; la muerte de cualquier hombre me disminuye porque estoy ligado a la humanidad y por consiguiente no hagas preguntar por quien doblan las campanas; doblan por ti". En realidad, es un país amado que se encontraba dividido y cegado por una guerra cruenta lo que más atormentaba a Hemingway, pues España era para él como "una herida abierta que no puede cerrarse porque el polvo entra en ella".

